

UNA NUEVA ESCALADA:

"MARINES" EN SANTO DOMINGO

En el anterior número de TRIUNFO advertirían nuestros lectores la falta del habitual artículo de E. Haro Tecglen. Circunstancias involuntarias hicieron imposible su inclusión en el mismo. Estimando que la actualidad del tema no ha sido sobrepasada por los acontecimientos, ofrecemos ahora dicho texto junto al que Haro nos ha enviado posteriormente para su rúbrica semanal «Panorama internacional».

COMO ustedes ven, actuamos en otros lugares del mundo y no sólo en el Vietnam», dijo el general Wallace Greene, comandante de los «marines» en el Vietnam del Sur, en el curso de una conferencia de prensa; fue la primera noticia que se tuvo de la intervención de los «marines» en la República Dominicana. Poco después, el Departamento de Defensa admitió que un destacamento de unos cuarenta soldados de Infantería de Marina había descendido a tierra «por un corto período de tiempo, con el fin de ayudar, en la proximidad de los muelles, a la evacuación del personal americano». Esta timidez duró poco tiempo. Un segundo destacamento de cuatrocientos seguido de nuevos desembarcos, hasta totalizar un número de 1.700 soldados, reforzados prontamente por 2.500 paracaidistas, convirtieron la presencia militar de los Estados Unidos en la antigua Hispaniola en un pequeño ejército de 4.200 hombres bien armados y pertrechados, ayudados desde el mar por el portaaviones «S. S. Boxer» y desde el aire, por las fuerzas aéreas navales. De esta forma, cada uno de los 2.300 súbditos de Estados Unidos que vivían en la República Dominicana podía contar con la protección de una pareja de «marines». (1) La «escalada» ha sido rápida y ha convertido el asunto de la República Dominicana en una crisis internacional. La Intervención en Santo Domingo es el acto más reciente de una política americana a escala mundial. En realidad, la «escalada» comenzó con los disparos de Dallas que mataron al Presidente Kennedy y continuó con la intervención en el Congo, el suministro de armas a Israel, los gases y el «napalm» sobre los vietcongs, los bombardeos de represión en Vietnam del Norte, la presión en las relaciones con Gran Bretaña y Alemania y, ahora con la intervención en Santo Domingo. Se trata de una política de fuerza de gran envergadura, de la que forma parte el bloqueo previo de las organizaciones internacionales: la anulación de la ONU y el desdén por la Organización de Estados Americanos. En el caso de la República Dominicana, la seguridad de los Estados Unidos en su fuerza ha sido tal, que ni siquiera se ha molestado en guardar las formas. En vista de que los partidarios del Presidente Bosch parecían a punto de ganar la partida a los del triunvirato de Reid Cabral, desembarcaron sus «marines»; y en vista de que los primeros desembarcados provocaban en el acto la reunión de fuerzas populares contra ellos, prosiguió una escalada, sin duda estudiada previamente, sin duda producto de un plan de intervención dispuesto para ponerse en marcha en el momento oportuno. En otros tiempos, Kennedy necesitó solamente la presencia de un barco de guerra en el puerto para hacer huir a los hijos de Trujillo y al Presidente Balaguer —un fantoche en manos de los Trujillo—; y una discreta intervención del administrador de los 25 millones de dólares suministrados por la «Alianza para el Progreso», Williams, para que ganara las elecciones subsiguientes su amigo Juan Bosch. El hecho de que la intervención americana de ahora se haga precisamente contra Bosch demuestra a qué profundidad está enterrado el cadáver de Kennedy.

El viraje total de la política de Estados Unidos a partir de las últimas elecciones presidenciales y el hecho de que esta nueva política se esté realizando precisamente en contra del sentido de aquellas elecciones, en las que una mayoría de votantes, desconocida hasta entonces, se manifestó a favor de

las ideas del dos veces asesinado Presidente Kennedy —un asesinato real, otro político— hace pensar que la planificación de esta intervención a escala mundial está ideada desde antes de Dallas y que los acontecimientos están cuidadosamente previstos. Es difícil pensar que el Presidente Johnson moderado y prudente del año que siguió al asesinato de Kennedy y el que precedió a la fecha electoral, sea el mismo que se ha desencadenado después en una serie de acciones duras, que ha dejado sin aliento a los países africanos y sin voz a la ONU; que parece dispuesto a llegar con sus bombas a China y que da ahora este bastonazo en los nudillos a los países hispanoamericanos.

Es difícil dejar de reconocer que, hasta ahora, los resultados de esta política de fuerza son brillantes. La rebelión del Congo está aparentemente desarticulada, el nacionalismo árabe ha perdido fuerza con la cuña introducida por Burguiba en defensa de Israel, Vietnam del Norte sigue soportando, sin defensa, bombardeos de dureza cada día creciente; en Europa, Gran Bretaña se ha unido a la Alemania Federal en las alabanzas a la firmeza de Johnson —con gran asombro de los que creían que el laborismo británico representaba una fuerza de izquierda—. Esta brillantez, sin embargo, está empañada por dos hechos contrarios. El primero es histórico, y nos enseña que en el período de la Historia americana anterior a Kennedy, el período del «gran bastón» de Truman-Eisenhower-Nixon-Dulles, fue precisamente el que más retroceso produjo a la gran nación atlántica: la época en que mayor número de países se desgajaron de un Imperio demasiado rudo. El segundo hecho contrario es el de la repulsa de la opinión pública. Todo el que llega a una posición desmedida de poder y de fuerza tiende a no tener en cuenta la impresión que causa en la opinión pública, a desdeñar al «vulgum pecum» e incluso a soportar hipocritamente esa desafección popular como uno de los varios sacrificios que impone el poder. Este desprendimiento por el reflejo que causan en los pueblos las acciones de fuerza es un error grave; es un suicidio. La Historia está hecha de grandes corrientes populares, aparentes o no; ponerse frente a esas corrientes es resultar arrollado, tarde o temprano. No puede hoy mantenerse ninguna duda con respecto a que la acción de los Estados Unidos es eminentemente antipopular en todo el mundo, a partir de los propios Estados Unidos. Los editoriales y los relatos acerca de la actuación de «marines» y paracaidistas en Santo Domingo hechos por la prensa de los Estados Unidos —por no citar más que dos periódicos: el «Washington Post» y el «New York Times», del 1 de mayo— son una grave repulsa a la política de Johnson, una negativa de la acción benefactora de los soldados de Infantería de Marina y una rectificación a los supuestos actos comunistas de Santo Domingo. Es decir, que la opinión interior de los Estados Unidos es contraria a esta política en Hispanoamérica, como lo era ya a la «escalada» en el Vietnam. Fuera de los Estados Unidos, solamente puede encontrarse aprobación directa a Johnson en la Gran Bretaña, y más discretamente en Alemania Federal. En Hispanoamérica, oficial y privadamente, hay en cada país una repulsa a la intervención. Méjico, Perú, Uruguay, Chile, Argentina, Venezuela, han manifestado su reprobación, hasta el momento en que escribo; Cuba se ha dirigido al secretario general de las Naciones Unidas para expresar su protesta. En los países del «tercer mundo» la impresión es la esperada, dada su sensibilización especial a cualquier clase de intervención imperial. Y no es preciso, evidentemente, citar las reacciones en los países comunistas.

PARA entender en cierta medida lo que está sucediendo en Santo Domingo, es preciso liberarse de algunas falsas ideas que pueda crear la propaganda o la simple falta de objetividad. Se pueden puntualizar algunos hechos:

1.º No puede considerarse fácilmente que el triunvirato que estaba establecido en el poder fuera un «Gobierno legal». Fue producto de un golpe de Estado por la fuerza producido en septiembre de 1963 tras el cual estaba el principal auxiliar militar del tirano Trujillo, el general Wessin; el triunvirato civil que presidía Reid no era ni civil ni triunvirato más que de nombre. El régimen que ese triunvirato había derribado era el del Presidente Bosch, elegido el 20 de diciembre de 1962 por votación popular (62 por ciento de los votos).

2.º El Presidente Bosch no es un comunista. Desde los primeros momentos de su gobierno se manifestó contrario a Fidel Castro y amigo de los Estados Unidos. «No creo que sea necesario imitar a Fidel Castro en la República Domini-

(1) En días posteriores el número de «marines» desembarcados se elevó a 30.000.



cana. Tenemos una tarea inmensa ante nosotros: promover reformas económicas y sociales, restaurar las libertades públicas tras más de treinta años de dictadura. Para ello necesitamos la ayuda de los Estados Unidos. No podemos contar solamente con su ayuda, pero tampoco podemos prescindir de ellos...». Así hablaba Bosch en aquella época. Durante su exilio en Miami y Nueva York —en la época de Trujillo— mantuvo estrechos lazos con los Estados Unidos. Kennedy le favoreció cuando trató de inaugurar su política de democratización de América hispana, de sustitución de dictaduras por reformas sociales. Bosch lo intentó honestamente; precisamente lo moderado de su revolución, su miedo a dar el pueblo demasiada fuerza, le derrotó.

3.º El movimiento que trató de reponer a Bosch en el poder no era de origen comunista, ni castrista; no había entrado en contacto con Cuba ni con los países comunistas. Trataba de establecer la legalidad interrumpida el 25 de septiembre de 1963, y estaba creado por el Partido Revolucionario Dominicano, que a pesar de su alarmante nombre es liberal, moderado y reformista, y cuenta aún con la mayoría del país, y sostenido por el Ejército: más concretamente, por una parte del Ejército formada por los oficiales jóvenes.

4.º Es cierto que los comunistas y los emparentados políticamente con los comunistas, han participado en el movimiento contra Reid Cabral y Wessin. Algunos partidos políticos dominicanos —el 14 de Junio, llamado así en memoria de un desembarco frustrado en la época del tirano Trujillo; el MPD; el PSD— son marxistas, son comunistas. Estos partidos han ayudado la sublevación de Bosch que probablemente les ha sorprendido tanto como ha sorprendido a los Estados Unidos —el embajador de EE. UU. estaba de vacaciones en ese momento— y, sin embargo, han intervenido junto a las fuerzas liberales para derrocar la dictadura.

5.º Un movimiento popular espontáneo se ha producido en el momento de desembarcar los «marines». Hasta entonces no había habido barricadas en las calles, ni había corrido peligro la vida de los ciudadanos de Estados Unidos, ni se había intentado —como fue el caso después— el asalto a la Embajada de los Estados Unidos. Los dominicanos no olvidan que su país estuvo ocupado por Estados Unidos desde 1916 a 1924 como consecuencia de una intervención armada de los «marines» para resolver un conflicto interior en la República Dominicana, años durante los cuales soportaron un Gobierno militar ejercido sucesivamente por tres almirantes norteamericanos; cuando éstos, finalmente, se retiraron mediante un acuerdo por el cual establecían un Presidente de la República —que fue Juan Bautista Vicini Burgos—, enajenaron las aduanas, que mantuvieron en su poder hasta 1941 —la recuperación de las aduanas valió a Trujillo el cómico título de Restaurador de la Independencia Financiera—. El recuerdo de aquel intento de apaciguamiento de los «marines», que produjo ocho años de ocupación militar y veinticinco de in-

cautación de las aduanas, está demasiado fresco: la vista de un «marine» ciega los ojos de un dominicano.

Una vez conocidos estos puntos, que son los únicos ciertos dentro de la confusión producida por una situación de guerra civil en sus primeros momentos, puede juzgarse la coyuntura de la República Dominicana con más independencia de criterio. Y también puede juzgarse con independencia la intervención de los Estados Unidos.

EL gran temor de Washington es la pérdida definitiva de Iberoamérica: ése es sin duda el gran motor que les ha llevado a la «escalada» actual. Hay observadores que creen que su intervención en Asia es una «guerra de retaguardias», como no le importe a Washington perder definitivamente aquella guerra a condición de evitar otros males en América. No estoy muy seguro de ello. El hecho es que los movimientos de resistencia en Iberoamérica crecen cada día. El mismo día en que se iniciaba el movimiento de Santo Domingo, se registraban algunos sucesos en Brasil, fomentados por una «Liga armada de resistencia democrática», y en Chile el recién elegido Presidente Frei se veía acuciado por una coalición de sindicalistas y estudiantes a cumplir sus programas de reforma: en los disturbios hubo algunos heridos y unas cincuenta detenciones. En Venezuela no ha terminado la insurrección armada —a pesar de lo cual el Presidente León y el Parlamento se han manifestado contra la intervención de Estados Unidos en la República Dominicana—; en Colombia existe una situación revolucionaria, mientras en Bolivia crece la inquietud a medida que se acercan las elecciones. Un problema sin resolver en Hispanoamérica es el del hambre. La «Alianza para el Progreso», creada por Kennedy, no ha dado resultado: sus fondos se diluyen, y sirven para que los ricos sean más ricos y los pobres más pobres. Las conclusiones de la conferencia del Banco Interamericano de Desarrollo —organismo de la «Alianza para el Progreso»— en su reunión reciente en Chile se centran en esta frase: «Con una población mal alimentada o subalimentada y, en consecuencia, apática física y mentalmente, ningún programa de desarrollo económico y social podrá ser puesto en práctica con la celeridad y la eficacia que requieren las circunstancias». Aproximadamente éstas han sido las mismas conclusiones de la reunión de la organización de la FAO (organismo de la ONU para la alimentación y la agricultura), que ha comprobado que las calorías consumidas por los hispanoamericanos están netamente por debajo del mínimo humano, y que la población crece sin cesar agotando cada vez más los pobres recursos a su disposición. Estos problemas que afectan a doscientos millones de personas no se resuelven con «marines», y por una razón: porque un hambriento combate mejor que cien «marines».

EDUARDO HARO TECLEN